

loco, descubrió el Nuevo-Mundo? ¿Por qué Cortes traicionó á Velázquez, encontró en las playas de México á Da. Marina, y en la cordillera la alianza de los tlaxcaltecas? ¿Por qué el cura de Dolores, anciano, débil y oscuro, proclamó la independenciam, y tomó un pendon con la imágen de la Virgen de Guadalupe? ¿Por qué Iturbide, que habia sido el brazo fuerte del gobierno colonial, volvió los ojos á su patria, y entró á México triunfante con un ejército? La historia lo explica todo esto á su modo; á mi propósito basta consignar los hechos. La conquista se verificó, y la independenciam se consumó. En cuanto á la reforma, es otro hecho, que solo el poder de la Providencia podrá retardar ó impedir, pero que hace tiempo sigue en pos de los que ya se consumaron.

La reforma no es de ahora; ella ha comenzado hace mucho tiempo. Quizá desde pocos años despues de la conquista, cuando el Lic. Delgadillo desbarató á lanzadas una procesion en las calles públicas de México: hartos testimonios pueden presentarse de las hostilidades de los primeros conquistadores contra los religiosos que venian á estas nuevas tierras.

¿Qué cosa la retardó? ¿La inquisicion de Felipe II? Puede ser, pero quizá mas bien las buenas obras.

Los conquistadores, sedientos de oro, no buscaban al cacique sino era para quemarle los piés, hasta que confesase dónde tenia el tesoro: no visitaban la heredad de la familia indígena sino para talarle su choza y sus magueyes, y apoderarse de sus mujeres y de sus tierras. Entonces la caridad, disfrazada con el pobre hábito de Valencia, de Motolinia y de Vasco de Quiroga, venia con sus manos santas á curar tan crueles heridas, y á recoger tantas lágrimas. La enseñanza de una religion nueva, la esperanza de otra mejor vida y el auxilio y la proteccion materiales, eran los contrastes que presentaban contra las atrocidades de esos hombres de negro y retorcido bigote, de coselete de fierro y de corazon de acero.

En el curso del tiempo no hubo rincon del Nuevo-Mundo que no recorrieran estos conquistadores de otra especie, descubriendo tierras, examinando montes, rios y valles, escribiendo obras, que han servido para hacer brillar con falso oropel á nuestros modernos y famosos historiadores, reduciendo á las tribus bárbaras á la vida social, y todo esto con el Evangelio en la mano, con la fe en el corazon y con la perseverancia que distingue á los que acometen grandes empresas.

Triunfaron, y era muy justo; pero ¿cuál fué su

triunfo? Los colegios y escuelas, las casas de retiro y de beneficencia, los hospitales y las iglesias, doble refugio entónces, para las penas del alma y para las persecuciones materiales.

Así pudo solamente retardarse la reforma; pero ella asomó su cabeza á la hora y en el momento ménos pensado, cuando tal vez las corporaciones, ya ricas y consideradas de la ignorante sociedad que las rodeaba, habian desmayado en sus caritativos y evangélicos arranques.

Cárlos III era un monarca verdaderamente piadoso, de costumbres sencillas y cristianas, y sin embargo ¡cosa singular! este monarca dió pasos tan avanzados y atrevidos, que ocasionaron que unos le diesen el nombre de reformador, y otros hiriesen su memoria, aun despues que llevaba años de reposar en el polvo de la tumba.

En un dia, en una misma hora, todas las personas que componian la Sociedad de Jesus, fueron reducidas á prision, desterradas del reino y confiscados sus bienes, de manera que entraron á poder del erario de ese piadoso monarca, alhajas, moneda y magníficos edificios. No hubo ni disturbios, ni sangre, ni batallas, porque el monarca dijo, que á sus súbditos *no les tocaba mas que obedecer*, y en efecto obedecieron, y cuenta con que entre los expulsos se contaban me-

xicanos de gran saber y de estimables y relevantes prendas, como Clavijero, Alegre y Cavo. Cárlos III hizo todavía mas: favoreció la independencia de los Estados-Unidos; restringió las prerogativas y jurisdiccion de la inquisicion, y elevó á su mas alto grado de desarrollo los principios de la escuela regalista, por los cuales habian sido tan decididos todos los monarcas españoles, sin exceptuar ni aun á Felipe II.

Pero no era el rey, dicen algunos historiadores, eran Aranda, Florida Blanca y Campománes: al rey y á su confesor los engañaron, y estos personajes, contaminados con las doctrinas de Francia, le precipitaron. Precisamente Campománes, el autor del *Tratado de la Regalía*, se crió con un tío canónigo, y recibió sus primeras impresiones y los primeros elementos de su educacion en un convento de Domínicos. No, no eran Campománes y Florida Blanca, sino esa catástrofe social que, con mas ó ménos fuerza, habia venido á pesar sobre las cortes de Italia, de Francia y de España, como habia ya pesado sobre los pueblos de la raza del Norte. Y reyes cristianísimos ¡cosa singular! fueron los que se pusieron decididamente al frente de toda esta gran revolucion, cuya importancia no se puede conocer, sino es volviendo la vista un poco á las ideas que reinaban algunos años ántes de la

época á que estos hechos se refieren. *Menester es confesar*, dice el Sr. Alaman, tom. 3.^o Disert., *que la Silla Apostólica no habia sufrido nunca tan graves insultos de sus mas crueles enemigos, como los que entónces le infirieron los reyes que se gloriaban de llevar los títulos de cristianísimos y de católicos.* El mismo Sr. Alaman, como si hubiera sido testigo ocular, añade mas adelante con mucho aplomo, que *el desgraciado Pontífice murió lleno de remordimientos.* Ya se ve, que cuando se tocan ciertas fibras á los partidarios, no vacilan aun en condenar irremisiblemente á la misma cabeza de la Iglesia.

En el siguiente reinado la reforma visitó tambien á estos reinos, aunque disfrazada con un nombre fiscal, bajo el que es imposible reconocerla aun hoy mismo.

El monarca español, complicado en la política del continente, tenia que exhibir gruesas sumas, y hacer considerables armamentos: emitió papel, como recurso de todo gobierno urgido; pero como este papel cayó en descrédito, fué menester restablecer su valor, y no se encontró fondo mejor que el de las corporaciones: esta fué la consolidacion. Del año de 1806 al de 1809 desembolsaron las mitras de la Nueva-España doce millones de pesos, propiedad originaria, en su mayor parte, de familias mexicanas, porque,

al ménos yo no he sabido, ni leído nunca, que en los largos años de la dominacion española, ni despues, haya venido un solo peso de la tan culta é ilustrada Europa á estas malhadadas y pésimas regiones.

Un análisis minucioso del poder y de los recursos del clero en los fines del reinado de Felipe II y de su situacion á los principios del reinado de Fernando VII, nos podria dar una idea de lo que avanzó la reforma.

Se dirá que todo esto lo han causado los avances de la demagogia, la falsa filosofía, la decadencia de las costumbres. . . . Bien: será lo que se quiera, y yo no entro en ninguna de esas cuestiones, sino que solo pregunto: ¿es cierto, ó no, que todo esto ha sucedido? ¿y por qué ha sucedido? y por qué no ha dejado de suceder? han pasado, por ventura, todos los sucesos sin oposicion?

En el último caso, si México hubiese continuado en su calidad de colonia de España, ¿habria dejado de participar de la política y de la reforma de la madre patria? Es claro que no, y los antecedentes lo demuestran bastante. La expulsion de los jesuitas, la consolidacion y las teorías de la escuela de Campománes pasaron el mar, y vinieron á la Nueva-España, de la misma manera que las pestes y las guerras y las

ideas recorren, mas ó ménos tarde, hasta el rincón mas lejano de la superficie habitada de la tierra.

Como la caridad contuvo la reforma en tiempos mas remotos, así la contuvo en épocas ya mas cercanas al patriotismo y al valor. Hidalgo, Morelos y otros muchos eclesiásticos que tomaron parte en la guerra de independencia, salvaron por entónces á los mismos que contra ellos lanzaban las excomuniones de la Iglesia; pero acabada la lucha, volvieron á reposar las corporaciones, al abrigo de los bienes que les habian quedado; la tibieza se apoderó de sus corazones, las misiones fueron quedando abandonadas, los indios salvajes tornaron á su vida nómada y aventurera, la palabra del Evangelio no ha resonado en largos años en muchos de los lugares de la República, la disciplina de los monasterios ha sido olvidada, entre el polvo de sus bibliotecas, los hombres de ciencia y de actividad han ido desapareciendo, y el clero se ha visto necesariamente envuelto en las guerras civiles que han agitado el país, durante tantos años, y por último se ve amenazado, mas ó ménos gravemente, segun la suerte de la guerra, de una tormenta que ha acabado ya con una parte de sus bienes, y que acabará quizá hasta con el último centavo de sus rentas, y hasta con la última piedra de sus edificios.

¿Y esto ha pasado sin lucha, sin oposicion, sin defensa? Seguramente que no. Cuantos medios han podido oponerse, tantos así se han opuesto. Un gobierno, con sus tropas, con sus hombres influyentes, ha querido interponerse, ó retardar el mal, y ese gobierno ha encontrado dificultades inmensas.

El Sr. general Miramon, con una actividad prodigiosa, ha recorrido de uno á otro extremo la República, peleando sin descanso, no contando las dificultades ni los peligros, y sin mirar el porvenir, como no se ve á los veinte y seis años, ha querido oponerse al rio que se desborda, á la marea que sube, al volcan que revienta, y despues de mas de dos años tiene que emprender de nuevo una especie de conquista de todo el territorio, que mas de tres veces ha emprendido, y que tendrá que emprender otras tantas, sin que, ni aun allá en el lejano horizonte, pueda percibir cuándo llegará el despejado y apacible dia de la paz.

¿Puede darse á estos sucesos una explicacion satisfactoria en el órden comun de los sucesos humanos? Creo que no: entónces es preciso referirlos á un sentido místico. Si la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de la Providencia, la Providencia, que á pesar de todo permite la consumacion de estos sucesos, quiere sin duda que las aguas claras vuelvan á su fuente, que

la mision divina no se confunda ni se mezcle en nada con los intereses mundanos. “Dejad las “redes, y venid, que yo os enseñaré á pescar “hombres,” decia Jesucristo á sus apóstoles.

Los apóstoles de Jesus están, pues, destinados quizá á volver á hacer la conquista del mundo con el Evangelio en la mano, sin mas bienes que la sotana raída y pobre que trajo el Sr. Garza á la silla Arzobispal de México, sin mas fuerza que la virtud, sin otras armas que las de la caridad, sin mas galardón que la recompensa que Jesucristo, señaló en el sermón de la montaña, á los mansos y humildes de corazón.

X.

“Mi enemigo Esquines me ha obligado,” decia Demóstenes, “á hacer lo mas penoso que hay “para un hombre, que es hablar de sí propio.” Fuerza era que al referir los acontecimientos en que yo tomé parte, tuviese que llamar la aten-

cion del público sobre mi insignificante persona; pero repito que solo lo he hecho obligado por la necesidad imprescindible de dar á conocer los sucesos tales como han pasado, y no como se han referido en diversas publicaciones, que tienen las pretensiones de históricas, y que me propongo analizar en otra ocasion.

El silencio, el aislamiento y el olvido absoluto son las mejores armas defensivas en circunstancias como las presentes; pero como los pequeños servicios que pude prestar en la primera época de la administracion del Sr. Comonfort se borraron de la consideracion aun del mismo Presidente y de algunos de sus ministros y amigos íntimos, apenas habian transcurrido dos semanas del triunfo, mientras se ha tratado de que única y exclusivamente recaiga sobre mí toda la responsabilidad de la revolucion de Diciembre, he preferido la publicidad, que en último caso no me pondrá de peor condicion que la que he guardado. Sin embargo, no me formo ilusiones: este escrito no parecerá bien, ni al Sr. Comonfort, ni al partido exaltado, ni al conservador. Hombres de términos medios, hombres de transaccion, hombres cuyas opiniones no son decididas, ni marcadas; hombres que no se lanzan resueltamente á adular y á ensalzar á un ídolo, ya sea este ídolo hombre, pueblo ó corporacion, no